

TEMA #4
LA ORACIÓN POR EXCELENCIA
“EL PADRE NUESTRO”



**“Señor,
Enseñanos
A Orar”**
(Lucas 11,1)

INTRODUCCIÓN



El Señor enseñó a orar a sus discípulos de una forma diferente a lo tradicional del pueblo Judío, por eso debemos considerar que Jesús fue novedoso en todo lo que les enseñó a sus discípulos. En la actualidad la oración del Padre Nuestro es rezada de forma personal y comunitaria, en las diferentes liturgias que vive la Iglesia.

“Jesús estaba orando en cierto lugar. Cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo: “Señor, enséñanos a orar, como Juan enseñó a sus discípulos” (Lc 11,1). En respuesta a esta petición, el Señor confió a sus discípulos y a su Iglesia la oración por excelencia para dialogar con el Amado Padre.



¿CÓMO SE FORMO?

Padre Nuestro



Según el padre Diego Jaramillo, el Padre Nuestro es un pequeño poema, escrito en arameo, con cierto ritmo, para que fuera fácil de memorizar. A todos llama la atención por lo breve, por lo eficaz, por lo bello que es... Dice el padre Diego que esta bella oración tiene sentido al recordar dos textos del apóstol san Pablo. El primero de la carta a los Gálatas 4, 6-7 que dice: “Y como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!. De suerte que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por la gracia de Dios”.

El segundo texto es de la carta a los Romanos 15,8 que dice: “No vuelvan al miedo. Ustedes no recibieron un espíritu de esclavos, sino el Espíritu propio de los hijos, que nos permite gritar ¡Abbá! ¡Padre!”.

Pablo dice que nosotros gritamos o exclamamos, movidos por el Espíritu, o que el Espíritu mismo en nosotros grita Abbá, Padre. Muchos comentaristas bíblicos dicen que cuando Pablo escribió esa frase, estaba diciendo que ese Espíritu que está en nosotros y que nos hace hijos de Dios es el que nos permite gritar Abbá, es decir, Padre, pero que luego debía seguir con la oración: “Que estés en el cielo, santificado sea tu nombre...” Pablo citó solo el comienzo de la fórmula... Quizá ésta sea, en la Biblia, la más antigua alusión al Padre Nuestro, hecha por la pluma del apóstol Pablo.

A Pablo le interesó subrayar “Padre”. No quiso hablar del resto de la oración, de las peticiones. De alguna manera, él las trabaja en sus cartas. Pero le llamó la atención que, con el Espíritu de Dios, pudiéramos llamar a Dios “Padre”.

“LA DIDAJÉ” – “LA DOCTRINA DE LOS APÓSTOLES”



Es el primer catecismo post-apostólico de la época patrística, escrito en el último decenio del primer siglo, encontramos el texto del Padre Nuestro según el Evangelio de Mateo, al cual se le añade una doxología final: “Porque tuyo es el poder y la gloria por siempre” (8,2).

VIII. Es preciso que vuestros ayunos no sean parecidos a los de los hipócritas, puest que ellos ayunan el segundo y quinto día de cada semana. En cambio vosotros ayunaréis el día cuatro y la víspera del sábado. No hagáis tampoco oración como los hipócritas, sino como el Señor lo ha mandado en su Evangelio. Vosotros oraréis así:

«Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre, venga tu

reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; danos hoy nuestro pan cotidiano; perdónanos nuestra deuda como nosotros perdonamos a nuestros deudores, no nos induzcas en tentación, sino libranos del mal, porque tuyo es el poder y la gloria por todos los siglos.»

Orad así tres veces al día.

Al incluir esta doxología reviste una notable importancia, porque en ella ya se refleja la interpretación teológica del Padre Nuestro hecha por el autor de la Didajé.

La Oración del Padre Nuestro, se presenta con una estructura interna simétrica:

a) Invocación: *Padre Nuestro.*

b) Seis súplicas: Tres de Alabanza y tres de petición.

c) Doxología: Alabanza.

Padre Nuestro - Invocación

Súplicas de Alabanza

- ❖ Que estas en el Cielo
- ❖ Santificado sea tu nombre
 - ❖ Venga tu Reino

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Súplicas de Petición

- ❖ Danos hoy nuestro pan cotidiano
- ❖ Perdónanos nuestra deuda, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.
- ❖ No nos induzcas en tentación, sino líbranos del mal.

Doxología

- ❖ Porque tuyo es el poder y la gloria por todos los siglos.

ACTIVIDAD POR GRUPOS EN SALAS DE ZOOM

La actividad se enfocará en “El Padre Nuestro” de acuerdo al grupo que te corresponda **REFLEXIONA** la **SÚPLICA** que les correspondió de la oración. se realizará en pequeños grupos en salas determinadas de Zoom. Tienen 10 minutos y deben elegir un moderador quien hablara por el grupo en la socialización de la actividad.

Grupo #1: Padre Nuestro

Grupo #2: Que estas en el cielo

Grupo #3: Santificado sea tu nombre

Grupo #4: Venga tu Reino

Grupo #5: Danos hoy nuestro pan cotidiano.

Grupo #6: Perdónanos nuestra deuda, como nosotros perdonamos a nuestros deudores.

Grupo #7: No nos induzcas en tentación, sino líbranos del mal.

CONTINUACIÓN SOBRE EL PADRE NUESTRO

El Padre Nuestro es la oración más perfecta, como afirma el Catecismo de la Iglesia Católica siguiendo los pasos de Santo Tomás de Aquino:

«Toda la Escritura (la Ley, los Profetas y los Salmos) se cumple en Cristo (cf Lc 24, 44). El Evangelio es esta “Buena Nueva”. Su primer anuncio está resumido por San Mateo en el Sermón de la Montaña (cf Mt 5-7). Pues bien, la oración del Padre Nuestro está en el centro de este anuncio. En este contexto se aclara cada una de las peticiones de la oración que nos dio el Señor: “La oración dominical es la más perfecta de las Oraciones... En ella, no sólo pedimos todo lo que podemos desear con rectitud, sino además según el orden en que conviene desearlo. De modo que esta oración no sólo nos enseña a pedir, sino que también forma toda nuestra afectividad” (Santo Tomás de A., s. th. 22, 83. 9)»⁵.

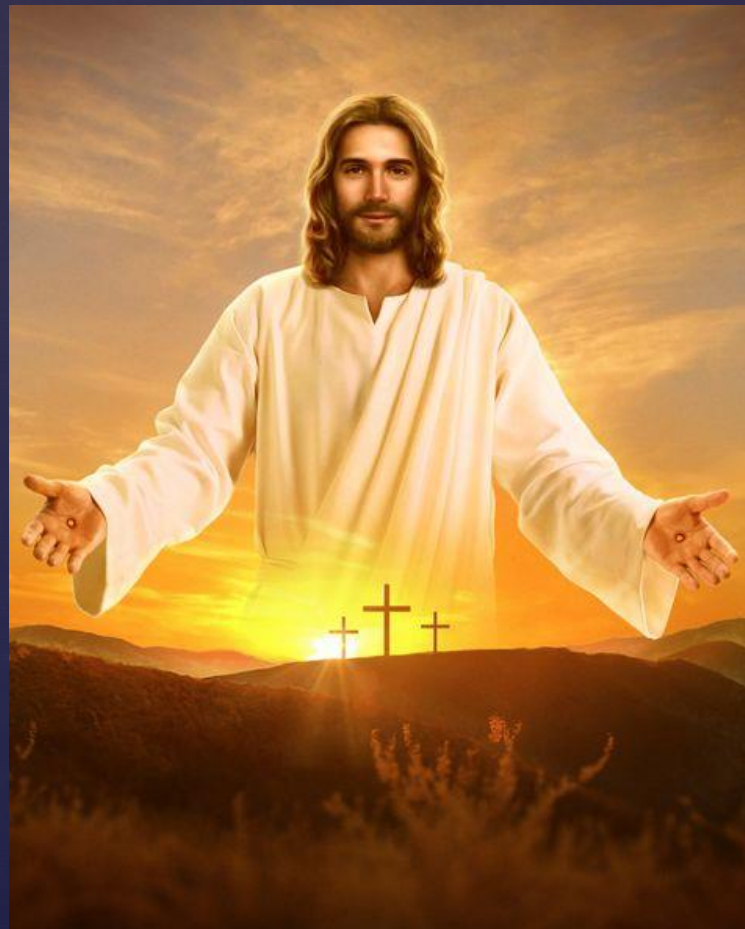
En definitiva, desde hace veinte siglos, la Iglesia ha hecho un continuo e incansable esfuerzo por sacar a la luz la mina abundante de su contenido teológico y espiritual, y ha considerado siempre al *Padre Nuestro* como la oración modelo del cristiano, la oración cristiana por excelencia. Estamos por los tanto, frente a la más bella y sublime oración de la Iglesia. De hecho, los grandes maestros de la vida espiritual han comentado frecuentemente el **Padre Nuestro**.

Por otra parte, hay que subrayar el hecho de que el *Padre Nuestro* es también la oración paradigmática del ecumenismo cristiano, la oración ecuménica más importante de los creyentes en Cristo, ya que puede convertirse en e un común punto de partida para el diálogo actual entre la Iglesia Católica y los que, creyendo en el Dios de Jesucristo, lo invocan como Padre.

EXPLICACIÓN DEL PADRE NUESTRO

Invocación inicial: ***PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN EL CIELO.*** Al enseñarnos el Padre Nuestro, Jesucristo nos enseña a dirigirnos a Dios como Padre con una audacia filial, audacia humilde, certeza de ser amado. Es por esto que en la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial.

Además, Dios quiere enseñar con esta invocación que Él es nuestro Padre común, porque un mismo lazo de fraternidad une a todos los cristianos, llamados a ser parte de la Iglesia de Cristo: el Padre Nuestro, tiene por lo tanto, un sentido eclesial.



El padre Diego Jaramillo nos enseña lo siguiente: Cuando estamos rezando la oración que Jesús nos enseñó, decimos: *“Padre, Padre Nuestro”. Abbá y Abbinu. La palabra Abbinu era, en el idioma de Cristo, “Padre nuestro”.*

Esa expresión nos hace pensar que ese Padre que tenemos en el cielo es el padre común a todos nosotros; decimos: “Padre Nuestro” Esa característica de la filiación que Jesús nos dejó marca toda nuestra vida, no sólo con respecto a Él, sino con respecto a todos nuestros hermanos; al lado de la figura paternal de Dios, aparece la figura fraternal de nuestros hermanos, de todos los que configuran la Iglesia.





Los cielos en el Antiguo Testamento, indicaban el espacio que se encuentra más allá de nosotros... Sobre la tierra hay un espacio en el que se producen los procesos atmosféricos. Por encima, hay un lugar inaccesible donde existe un Ser supremo. En cambio, en el Nuevo Testamento encontramos una imagen más espiritual.

Dice san Pablo que Dios es “el único que es inmortal, el que habita en una luz inaccesible, a quien ningún hombre vio ni puede ver. A Él, honor y poder eterno. Amén. (1 Timoteo 6,16). Los cielos, por lo tanto, es una expresión que tiende a señalar la residencia propia de la divinidad. Con esta expresión se subraya la trascendencia divina. Él está en los cielos y nosotros estamos sobre la tierra. Además, “Padre Celestial” quiere decir que su paternidad no puede ser comparada con la terrena. La paternidad de Dios es única y exclusiva: “Solo uno es vuestro Padre, el celestial” (Mateo 23, 9b).

El padre Diego Jaramillo, dice en su libro: **“Los cielos son el corazón de cada hombre justo. Dios vive en el corazón del hombre”** De manera que cuando digo: “Padre que estas en los cielos” es como si dijera: “Padre que vives en el corazón de los justos. No tengo que levantar mi mirada hacia lo alto; puedo dirigirla hacia mi hermano, hacia mi vecino: Tú estas en el corazón de los hombres justos, y el corazón de los hombres justos es un cielo para Ti”... Podríamos decir “Cielo” a todos los hombres, porque allí vive Dios, porque creemos que el Espíritu de Dios vive en ellos y Dios vive en el cielo; luego, ellos son un cielo para nosotros, son el lugar donde Dios se manifiesta.



PRIMERA PETICIÓN: SANTIFICADO SEA TU NOMBRE



El nombre significaba entre los judíos lo que se es, o sea, la persona. A Moisés, quién pregunta a Dios por su nombre y Él responde: “YO SOY *el que SOY*”. (Ex 3,14). Hablar del nombre de Dios, entonces, significa hablar de Dios, y rezar “Santificado sea tu nombre” equivale a decir que Dios es reconocido como tal.

Dios había revelado al pueblo de Israel el misterio insondable de su santidad y le había mandado proclamar a todas las gentes esta santidad, pero Israel no ha sido fiel a su vocación, ha «profanado» el nombre de Dios. He aquí por qué en los tiempos mesiánicos, Cristo, «el santo de Dios», vino a cumplir esta misión; Él de hecho dijo: «Por ellos yo me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 19).

Todo cristiano debe sentir la urgencia de ser testigo de la santidad de Dios, ya que, según cómo se comporta, los hombres glorifican o blasfeman a Dios. Esta primera petición del Padre Nuestro tiene también un significado escatológico: se cumplirá plenamente sólo el día en el que todos los que adoran, glorifican y alaban a Dios sean reunidos en la casa del Padre.



El padre Diego Jaramillo comenta lo siguiente: “*Santificado sea tu nombre*” era l gran anhelo de Jesús. Significa que se le dé a Dios lo que es de Dios, que se le ame con todas las fuerzas, con toda el alma, con todo el vigor, con todo el corazón. Porque el nombre de Dios es santo y merece ser amado; y por lo tanto, amémosle con todo lo que podemos y lo que somos; eso es lo que quiere Jesús. El Señor se entregó totalmente y quiere que nosotros, cuando se trate de Dios, nos entreguemos totalmente, exclusivamente, sin que se pueda servir a dos señores, sin que estemos distraídos entre Dios y las riquezas... Cuando le digo a Dios: “Señor, que sea santificado tu nombre”, le estoy diciendo: “Señor, que todo el mundo te reconozca a Ti como el santo, como el único, como el diferente; que tu esencia, que tu Ser sea reconocido por todas tus criaturas. Santificado sea tu nombre, santificado seas TÚ.

SEGUNDA PETICIÓN: VENGA TU REINO

La santificación del nombre de Dios, gracias a su alcance mesiánico, se identifica concretamente con la venida del Reino de Dios. La segunda petición del Padre Nuestro, por tanto, refuerza y concreta la primera. El Reino es el objetivo esencial del mensaje y de la obra de Jesús.

El misterio del Reino se identifica así con la presencia de Cristo y de su obra, y los milagros son el signo de la instauración del Reino, justo cuando se derrumba el de Satanás. Jesús, una vez resucitado, toma posesión de su realeza cuando asciende a la diestra de Dios, en la gloria.



El padre Diego Jaramillo dice en su libro del Padre Nuestro sobre “Venga tu Reino” lo siguiente: Jesús habla del Reino en toda su predicación. Por supuesto que no sólo habló y no sólo realizó milagros y exorcismos y prodigios que eran símbolos del Reino, sino que vivió el Reino. En su muerte en la cruz fue proclamado Rey, ahí se manifestó Rey; resucitó con gloria, fue ascendido a la derecha del Padre, proclamado Señor, ante quien se dobla todo rodilla: entonces el Reino de Dios comenzó a brillar. Y cuando el Espíritu Santo vino sobre los discípulos en Pentecostés, ese Espíritu abrió los ojos y ayudaba a que el corazón entendiese lo que es el Reino de Dios. Ese Reino, que se iba preparando, instaurando, inaugurando, fortaleciendo, sigue creciendo en el corazón de cada cristiano y en el mundo entero, hasta que un día, cuando venga Jesucristo sobre las nubes. Como Rey, con poder y majestad, va ser la perfección total; y entenderemos plenamente qué es el Reino de Dios.

TERCERA PETICIÓN: HÁGASE TU VOLUNTAD

La voluntad de Dios coincide con su proyecto eterno de salvación con respecto al género humano: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tm 2, 4). Pero Dios cuenta con el hombre para llevar adelante su proyecto de salvación, como afirma San Agustín: «Quien te ha creado sin ti, no te justificará sin ti». La voluntad de Dios entra en conflicto con la del hombre, en la medida en que éste la considere como un obstáculo o un freno a su libertad.



El pecador, entonces, busca su realización fuera de Dios y rechaza el insertarse en su proyecto salvífico. Cristo, en cambio, modelo del hombre perfecto, no tiene otra finalidad que cumplir la obra que el Padre le ha confiado: «Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y cumplir su obra» (Jn 4, 34). Jesús dice «mi alimento», esto es, lo que me hace vivir y actuar. La voluntad del Padre es la razón de su venida y de su misión. Por esto, siguiendo el ejemplo de Cristo, cuando la Palabra de Dios manifiesta su voluntad, el hombre debe hacer de ella su alimento.

Nuestra oración suplica a Dios purificar y fortalecer nuestra voluntad, haciéndola dócil a la acción de la gracia. De este modo, la voluntad de Dios se cumple si la hacemos nuestra, adhiriéndonos con todo nuestro corazón.



Dice el padre Diego Jaramillo en su libro: La voluntad del Padre es nuestra salvación. Para eso se entregó Jesús. Esto lo repiten todos los libros de la Biblia, usando palabras parecidas. San Pablo en la carta a los Gálatas: “El se entregó por nuestros pecados, para arrancarnos de nuestra condición presente, cumpliendo así la voluntad de Dios, nuestro Padre” (Gál. 1,4)... De manera que la voluntad de Dios, nuestro Padre, es que Jesús nos arranque de nuestros pecados, que Jesús nos salve.

Un rabino judío que vivió hacia el año 100, es decir, unos 50 años después de Jesús, escribía esta oración: “Haz tu voluntad en el cielo, allá arriba, y da tranquilidad a los que te temen acá abajo”. “*Da Tranquilidad*”, es decir, da paz, da perdón, da ayuda; Señor, que tu obra se realice en todos nosotros.

CLAUSULA: EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO

Esta cláusula concierne no sólo a la tercera petición, sino a las tres peticiones de manera global, como ha bien subrayado Orígenes: La frase “*así en la tierra como en el cielo*”, registrada sólo por Mateo, puede también aplicarse a las peticiones anteriores, como si fuera esto lo que se nos mandase decir en la oración: “Santificado sea tu nombre así en la tierra como en el cielo. Venga tu Reino así en la tierra como en el cielo. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”

Como es sabido, la expresión judía: «los cielos y la tierra» significa toda la realidad creada, todas las cosas. Dice la Escritura: «Todo cuanto quiere el Señor lo hace, en los cielos y en la tierra, en los mares y en los abismos» (Sal 135, 6).



Esta oración involucra a toda la creación, de la cual el hombre es responsable, para que coopere en la misión de salvación que Dios le ha confiado a su Hijo y que se lleva a cabo a lo largo del tiempo, hasta el fin de la

historia: «Y le hayan sido sometidas todas las cosas, entonces también el mismo Hijo se someterá a quien a él sometió todo, para que Dios sea todo en todas las cosas» (1 Co 15, 28).

Esto se lleva adelante con el esfuerzo de todos, ya que Dios nos ha ofrecido la cooperación con Él para transformar el mundo y preparar «un nuevo cielo y una tierra nueva» (Ap 21, 1). Son claras, entonces, la unidad y la progresión de estas tres peticiones: todas implican el camino de Dios y la respuesta del hombre para la realización del proyecto salvífico eterno de Dios, que se está cumpliendo ahora, pero que debe todavía llegar a su perfecto cumplimiento final.

CUARTA PETICIÓN: DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

A primera vista, la segunda parte del Padre Nuestro contrasta con la primera: las primeras tres peticiones conciernen al proyecto salvífico de Dios; en cambio, las otras tres se refieren a las necesidades cotidianas y temporales del hombre, como el pan de la comida; también la conexión entre las últimas peticiones es menos obvia que la de las primeras. Muchos Padres de la Iglesia han visto en el pan cotidiano la Eucaristía, pero en realidad se trata sobre todo del alimento de los pobres.



En la Escritura, dar el pan significa nutrir, ayudar a quien tiene necesidad. El Padre Nuestro, haciéndonos rezar por el pan cotidiano, nos recuerda discretamente que todo don viene de Dios. La oración, limitando la petición al pan cotidiano nos invita a abandonarnos cada día en Dios, como los niños que esperan todo de su padre, y nos exhorta a no acumular y a dar lo superfluo a los necesitados.

El plural «danos» nos permite orar con y por todos aquellos que no tienen el pan cotidiano, mientras nos recuerda que muchísimos habitantes de la tierra están privados de la alimentación necesaria. Esta petición es, además, una provocación para quien monopoliza los bienes de la tierra, que Dios ha creado para todos, y recuerda a los ricos que no son más que «administradores» de Dios, responsables de un equitativo reparto de los bienes.

Según el libro del padre Diego sobre esta petición dice: El pan nuestro, el pan en plural, el pan para toda la comunidad, el pan para toda la familia, podríamos decir, ampliando los límites de nuestra oración, el pan para todos los hombres, cuando hay hambre en el mundo, cuando hay necesidades, cuando hay gente que no tiene lo necesario para alimentarse. Debemos sentirnos solidarios con todos; debemos cumplir deberes de justicia y de amor con los demás, y quisiéramos tener pan para compartir con todos.

“Danos, Padre del cielo, el pan de cada día”, es decir, el pan necesario y “el pan cotidiano”. El pan pasajero, el pan transitorio, el pan que nos vamos a comer hoy, pero mañana y permanentemente vamos a estar insistiendo: “Danos el pan de cada día”, ese pan que nos indica que dependemos permanentemente de Ti.

**QUINTA PETICIÓN: Y
PERDÓNANOS
NUESTRAS DEUDAS,
COMO TAMBIÉN
NOSOTROS
PERDONAMOS A
NUESTROS DEUDORES**



Aunque en la versión castellana actual del Padre Nuestro rezamos: Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos a quienes nos ofenden, la versión anterior, que es la que vamos a comentar, se ajustaba más al texto original del Evangelio según San Mateo.

En esta petición Jesús recurre a la figura comercial del préstamo y de la deuda. El acreedor tiene un derecho sobre el deudor, un derecho que puede ejercitar, aunque también suspender por misericordia. Es una figura muy usada en sentido religioso: el pecado hacia Dios es considerado una falta que exige reparación, a no ser que Dios perdone la deuda, usando misericordia.

El concepto de perdón de los pecados es fundamental, tanto en la antigua como en la nueva Alianza. Las grandes promesas de los profetas presentan la era mesiánica como el momento de la condonación de cualquier deuda, del perdón de todo pecado, de la purificación total del hombre y de la conversión del corazón.

Estamos, por lo tanto, ante un tema fundamental del Evangelio: el perdón de los pecados caracteriza el nuevo orden que se instaura en la relación Dios–hombre. Jesús proclama que el Padre desea perdonar, quiere salvar a quien está perdido, experimenta alegría al acoger al hijo pródigo. La última palabra de Jesús en la cruz es de perdón para sus verdugos.

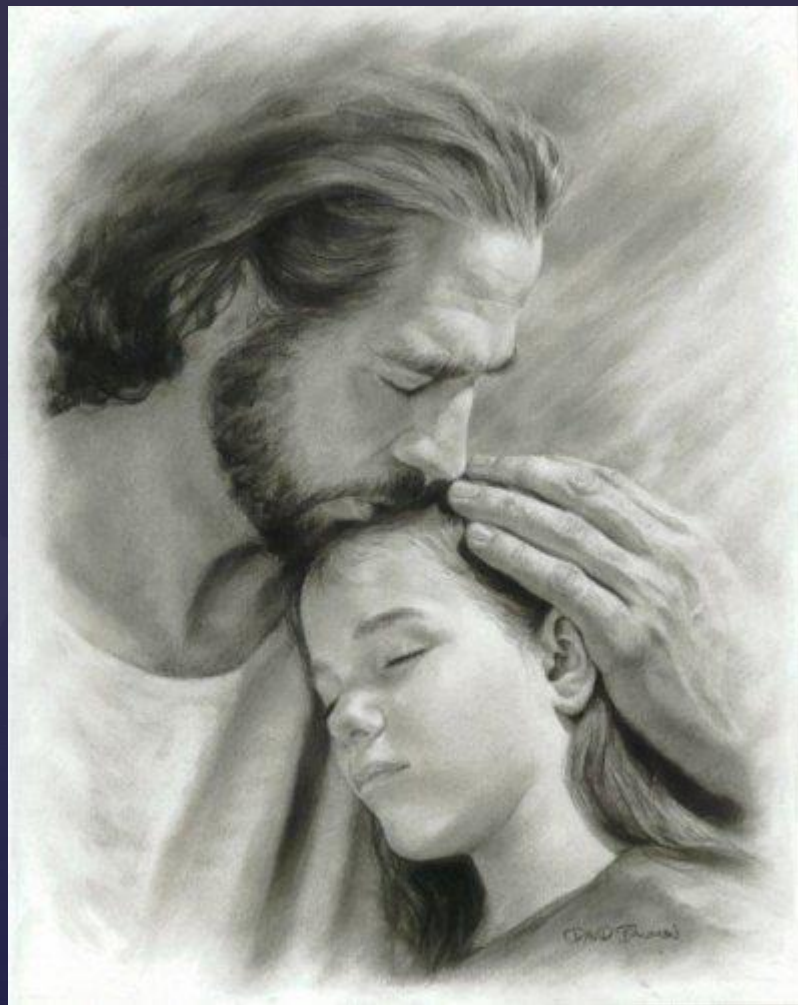
Es precisamente la cruz la que nos revela de manera impresionante y maravillosa que el amor de Dios es más grande que el pecado del hombre. Esta petición del Padre Nuestro pone en el mismo plano al perdón de Dios y el del hombre. También aquí es importante traducir exactamente el texto; en lugar de la frase que normalmente usamos, habría que decir: «Perdónanos nuestras deudas, porque nosotros ya hemos perdonado a nuestros deudores», es decir, si nosotros perdonamos antes, también seremos perdonados posteriormente.

Nuestro perdón no provoca, sino que condiciona el perdón de Dios, que es un perdón libre. El hombre que perdona es, él mismo, un pecador que tiene necesidad de perdón y Dios es su acreedor... Debemos recordar que Dios perdona sin pedir contrapartida, movido solamente por su bondad infinita y misericordia. Por lo tanto, nosotros debemos perdonar “desde el fondo de nuestro corazón” si queremos que Dios sea misericordioso con nosotros.

El padre Diego Jaramillo dice: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”, es la quinta petición y, es una petición doble. Hasta ahora habíamos estado pidiendo que Dios actuara por nosotros en todo. Ahora se rompe el ritmo. El caso es grave, diferente, distinto; Jesús le da una importancia especial. Es una súplica y, al mismo tiempo, un compromiso. Es la única petición que nos compromete a nosotros del todo. Y es como el pasaje de la Biblia cuando se lleva la ofrenda ante el altar y se dice: deo la ofrenda ante el altar y voy primero a reconciliarme con mi hermano (cfr. Mateo 5, 23-24). Así también: “Perdona nuestras ofensas”; pero voy primero a perdonar a mis hermanos.



En otro apartado del libro del padre Diego Jaramillo dice: “Perdónanos como nosotros perdonamos”, es decir, nosotros perdonamos del todo: perdónanos del todo, Padre. Nosotros perdonamos de corazón: perdónanos de corazón, Padre. Nosotros perdonamos desde la raíz: perdónanos desde la raíz, Padre. Nosotros perdonamos siempre: perdónanos siempre, Padre. Nosotros perdonamos con mucho amor: perdónanos con amor, Padre.



SEXTA PETICIÓN: NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN Y LIBRANOS DEL MAL



La sexta y última petición ha de ser leída de golpe, porque forma un cuerpo único. No ha de ser, por tanto, dividida en dos, como han hecho muchos comentadores, porque la referencia al mal, o al maligno, ilumina toda la petición con luz verdadera. En la última parte de la petición, la tentación se atribuye al maligno, al diablo. La Iglesia antigua proponía la traducción: «No permitas que seamos inducidos a la tentación». Además, la traducción de la última parte: «Líbranos del maligno», hecha propia por la Iglesia primitiva y por la mayor parte de los exégetas, parece preferible. Esto es un eco de la oración de Jesús: «No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno» (Jn 17, 15). La oración del Señor, como todo el Evangelio, muestra la obra de Dios y la misión de Jesús continuamente atacadas por las fuerzas hostiles del mal. Cristo, durante toda su vida, lucha contra el mal, porque su misión es establecer el Reino de Dios y proclamar su señorío, derrotando al usurpador. La Resurrección de Jesús es, en primer lugar, la afirmación de la derrota de satanás y de la soberanía del Padre. Nuestra oración proclama la potencia de Dios, que ha vencido al príncipe de este mundo, pero es también una llamada a la vigilancia porque el tentador, aun vencido, puede todavía hacer mucho daño.

El padre Diego Jaramillo dice lo siguiente frente a la ultima parte del Padre Nuestro: Es la gran súplica que tenemos que hacer al Señor. Al culminar el Padre Nuestro, pedimos que no nos deje caer en la tentación. Está no es una oración idealista, es la única forma negativa que hay en el Padre Nuestro. Pedimos que se santifique su nombre, que se haga su voluntad, que venga su Reino, que nos dé el pan, que perdone nuestros pecados, pero aquí le decimos: “No nos dejes caer en la tentación”.

Es una petición negativa, pero muy aterrizada, porque de tentaciones se compone la vida del hombre. No es muy bella, no es idealista, pero es realista. Estridente, dentro de un conjunto armónico de belleza, pero real; qué lindo que venga tu Reino, que se haga tu voluntad, que se santifique tu nombre, que nos des el pan de cada día, que seamos perdonados de nuestros pecados. Pero tremendo que tengamos el peligro de caer en la tentación.

“¡Líbranos del mal!”. ¡Qué bella y necesaria esa oración que todos tenemos que estar levantando desde la postración en que vivimos hasta Dios, para que nos libre del mal!

Es un complemento de la petición anterior, en la que decíamos: “No nos dejes caer en la tentación”. Pero: “Si ya caímos, líbranos, sácanos; y si no hemos caído, protégenos totalmente del mal”. Es un añadido, un complemento, un eco de la petición anterior, y entre ellas dos se comprendía la lucha del cristiano contra el pecado, contra la tentación y contra el mal, no sólo contra el mal moral y contra el maligno, sino también todo mal que nos pueda afectar.

